

Las flechas

I.

Cuando era chica me daba miedo venir a visitarla. Había escuchado que una vieja había mordido a otro viejo y la tuvieron que cambiar de piso y que después volvió a morder a un familiar que estaba de visita. Se le quedó prendida, decían. Yo acompañaba a mi mamá y le preguntaba si era esa, una señora chiquitita de pelo blanco que nos miraba de lejos, sonriente. Sí, es esa, me respondía, no mires mucho.

Llegué para la merienda. La despertaron para tomar el té y todavía está un poco dormida. Tiene los labios pintados, los lentes de sol puestos, un saquito lila y un delantal blanco de plástico que se pega con velcro detrás del cuello y cuelga hasta las rodillas. Me ofrece algo para tomar, le digo que no, gracias, tomé un café antes de venir. Miento porque el café y todo lo que sirven acá tiene un olor tan artificial que me da arcadas. Saludo a las compañeras de mesa de mi abuela que son nuevas, no las conozco. Me pregunto si las que estaban antes seguirán vivas. Hace más de quince años que vengo a este lugar y hace más de quince años que vengo sin ganas y me voy con un nudo en la garganta. Mi vínculo con mi abuela se reduce a eso: despedidas que no fueron, estiradas a través de los años.

—¿Viniste sola? —me pregunta.

La enfermera trae café con espesante y una cuchara de sopa y lo revuelve hasta que empieza a parecerse a un flan. A mi abuela le cuesta pero agarra la cuchara y toma de a poco. Le digo que sí, que vine sola, y le agradezco a la enfermera por el café, porque mi abuela no dice nada, se concentra en el recorrido de la cuchara y en el temblor de sus manos mientras mira un punto en el medio de la nada.

—Pédite algo —insiste. Y yo que no quiero, todavía tengo el gusto del café que me tomé en casa. Digo esto mientras espanto a las palomas que entran por la ventana a este comedor de luz plana y amarilla. Un señor de otra mesa les tira unos pedazos de pan y se van para ese lado.

A mi abuela le gusta mi pullover y pregunta si son dos o es uno solo, porque tiene las mangas de otro color. Esta pregunta la va a repetir como mínimo diez veces en la hora que la visito. Es algo que hace desde que tengo memoria, lo de preguntar o decir varias veces lo mismo. Durante un tiempo su frase de cabecera fue “qué largo tenés el pelo”, yo siempre me lo había cortado y ella siempre me lo veía largo, a mí, a mis hermanas, a las enfermeras, a todos. Hoy se empeñó con mi pullover. Cuando quieras te lo presto, le digo.

—¿Hace cuánto estás casada vos?

—No estoy casada yo.

—¿Y no te vas a casar?

—La gente ya no se casa, abuela.

—Me llenaron el café de pan —se queja, pero sigue tomando. También se sigue quejando, de que le roban, de que no la atienden, de que no la visitan, de que le duele, de que la pinchan, de que no puede caminar, de que no quiere caminar. No es algo nuevo, la abuela siempre fue así: quejosa, católica y violenta.

Cuando mi mamá y mi tía eran chicas, las amenazaba con que si dormían desnudas el diablo les iba a rasguñar la espalda. Las obligaba a dormir la siesta y si las descubría con los ojos abiertos, les pegaba. Cuando fueron más grandes, las olía cada vez que volvían a la casa y si les sentía olor a hombre o a cigarrillo les pegaba de nuevo y les gritaba que eran unas cochinas. Mi mamá un día le revoleó un vaso por la cabeza, se casó, se mudó y se embarazó antes de terminar quinto año, todo para irse de esa casa. Mi tía se puso en pareja con una mujer y se fue a vivir a España con ella. Hace más de cuarenta años que viven juntas y la abuela sigue diciendo que son amigas.

—¿Tenés familia?

La familia y sus derivados siempre fueron su principal tema de interés y el Alzheimer la puso todavía más pesada.

—¿Si tengo hijos? No.

—¿Y mamá y papá?

Le digo que sí, que mi mamá es su hija y que mi papá es Rafael, le pregunto si se acuerda y me dice que no. Cuando se enamoraron, mi papá era un galán y tenía mucha plata. O sea, todo lo necesario para que la abuela lo considerase un buen partido, así que ella lo amaba. Por eso y también porque fue el segundo marido de mi mamá y no el primero, que era hippie, militante y abandonico. Mi

mamá se había casado con él para poder irse de la casa de sus padres y después él la abandonó a ella, se fue del país y la dejó sola con sus dos hijas. Entonces mi mamá no volvió a vivir con mis abuelos pero sí volvió para pedirles ayuda. El abuelo le dio unos pesos y la abuela cuidó a mis hermanas mientras ella salía a trabajar de cualquier cosa. Después vino mi papá y después se separaron y vino otro, pero él seguía siendo el preferido de mi abuela que, hasta hace unos meses, me pedía que le mandase saludos cada vez que la visitaba. Rafael, querido, decía, con más amor del que mostró jamás por el abuelo o por cualquiera de sus hijas. Ahora no se acuerda pero más adelante en la charla me va a volver a preguntar lo mismo y cuando llegue la parte de papá va a decir que sí, que se acuerda pero poco.

—Ahora las parejas ya no duran, se casan, se separan, si tienen hijos bien, si no también.

La abuela se sigue quejando, que ahora las mujeres quieren ser libres y los hombres también y ya no importa la familia. Le digo que me parece mejor que se separen y sean felices a que se queden juntos si se llevan mal. Me dice que antes los hijos los unían, que lo primordial era la unión. Pero yo tengo veinticuatro, soy joven todavía, tengo tiempo.

—¿Entonces no estás casada?

Le digo que no pero le cuento que estoy de novia hace un año con un chico que se llama Marcos. Qué planes dice ella y yo le digo que ninguno y me dice no estás enamorada.

—Sí estoy, pero no me voy a casar.

No entiende.

Marcos quiere conocer a mi abuela, dice que la próxima vez que venga quiere venir conmigo. A mí me da vergüenza, el lugar, el olor, la comida que sirven, las palomas. Me doy vergüenza yo, cómo soy con ella, cómo nunca sé de qué hablarle, cómo le miro con asco el café que se le cae de la boca. Siento que se nota que vengo sin ganas y que la quiero poco, que de chica siempre le tuve rechazo, porque cuando nací ella ya era vieja y además mala, y que disimulo porque sé que cuando se muera voy a llorar igual, aunque sea de culpa.

Le muestro una foto de Marcos en el teléfono, ella se saca los lentes de sol para ver mejor y se acerca el teléfono a la nariz. Dice que es un lindo muchacho y que tiene bigotes.

—Bigotes y barba —le digo.

—Barba, eso.

Una señora pide a los gritos que saquen el fútbol de la tele, que nadie ve fútbol acá, entonces una enfermera pone *Los Simpsons*. Llega otra como yo, una que viene de la calle a visitar a alguien. Trajo facturas para compartir. Pienso que Marcos seguro querría traer facturas y yo le diría que no, que no sé si la abuela puede comer eso, y entonces él le compraría flores. La señora le pregunta a su mamá quién le pintó los labios, el enfermero dice que fue él.

—Ah, bueno, qué tipazo, no cualquiera tiene un hombre así cerca.

—¿Qué?

—Que no cualquiera tiene un hombre así cerca.

—Ah.